

Martha Luisa Hernández Cadenas
(Martica Minipunto)

La puta y el hurón

Martha Luisa Hernández Cadenas
La puta y el hurón

Design Nusle(.org)
Publicado por Éditions Fra,
Šafaříkova 15, 120 00 Praha 2,
República Checa, Fra.cz, en 2020,
como su publicación Nro. 201
en la imprenta Akcent, Vimperk
Primera edición
BFO12

TRANSITION

Transition Promotion Program

© Éditions Fra, 2020
© Martha Luisa
Hernández Cadenas, 2020
Author photo © Joanna Montero, 2020
Design © Nusle, 2020
ISBN 978-80-7521-157-6

En realidad no fue un domingo de la defensa ni cualquier otro día de voluntarismo patriótico, era el sábado después de su muerte. La casa estaba en silencio. La calle estaba en *mute*. Él había muerto la madrugada anterior y una extraña paz sacudía el pasillo donde vivimos mi madre, mi hermana y yo.

He dicho que Fidel Castro había muerto, y el hecho no fragmentaba la calma que se sucedía entre la pared, el domingo, mi brazo derecho, la gelatinosa inmanencia del luto y mi madre.

Ayer, mientras me contoneaba en la fiesta de la Muestra de Cine Joven, la noticia de su muerte parecía un chiste reiterativo y poco original. Imagino a mi madre con su dolor de cabeza tratando de mirar una película de acción. Nos imagino a nosotras bailando en la fiesta. Nada puede interrumpir el movimiento: suda, salivea, nace, la epilepsia es un estado mental como la muerte es un incidente musical.

Era sábado y mi madre estaba en mis brazos, el único rito del que no puedo salirme. Tengo un moretón en el mismo brazo del que pende su cuello caliente, su cuello contenedor del miedo y el fracaso de la cabeza sana, ¿qué es una cabeza sana?, ¿sana?, ¿salva?, ¿vive?, ¿sueña con un hombre barbudo que promete cuidarla?, ¿sueña con una revolución que relampaguea como el *flash* cuando bailamos?, ¿sueña con mi nacimiento?

Él me metió en el baño de la fiesta y me apretó tan duro que la circulación sanguínea cambió de repente. Yo reía para opacar el dolor; fingía que esa

marca tenía sentido, un sentido ulterior que no se relacionaba con la violencia o la fragilidad, sino con la pérdida. Perdida, caía, caía en el baño como el cráneo de mi madre. Perdida, caía en la fácil disposición de ser una piel quebrada en la intensidad de un desconocido.

Con mi madre en los brazos y la reciente noticia, pienso en la aguja y en la depauperación de este pasillo, respiro el aliento de la cuadra, la calle, la ciudad, la provincia, un país enmudecido como yo en la penumbra del baño, una Revolución que es un cuerpo dejándose arrastrar y manipular como títere que ansía ser animado por la dicha. La dicha inadvertida de los que crecimos con una educación sentimental socialista: «Pioneros por el comunismo». Aquí lo único que se respira es la zozobra de la muerte y el fallo: «Venceremos». Pero no todo es este odio: «Vamos bien».

Era sábado, un sábado húmedo, con el ambiente cargado de cierta monstruosidad. Poco a poco llegan los hurones del pasillo a recoger firmas, a decirme que salga, que tienen algo que mostrar. Los hurones no se enteran del dolor de mi madre en mis brazos, del hematoma (a fuerza de enmorecimiento y sexo complaciente), los hurones juzgan la insignificancia que poseemos mi madre y yo. En un cuartico de Centro Habana, mi madre y yo como estampitas de lo terrible, de la eterna caída y de las enfermedades incurables. Mi madre y yo, con nuestro propio zapateo cederista e íntimo que no se entera del momento histórico que se vive.

Suena el móvil, mi madre cae, mi hermana dice: «Mamá cayó». Salgo corriendo de la fiesta, en medio de la noticia que algunos celebraban con sus caderas,

con las rodillas y el culo repellándose en el suelo, salí corriendo para salvar a mi madre.

Fidel es una idea o un retrato (no me decido), mi madre es el ombligo y los dedos largos desenredándome el pelo.

Cuando nació mi hermana, hace dieciséis años, mi madre tuvo su primer ataque de epilepsia. Mi madre ha recibido todos los diagnósticos posibles. Ha sido señalada como claustrofóbica, histérica y maniaco-depresiva, calificaciones que resultan del foco epiléptico invisible, no se revela ni se registra en ningún examen, es un misterio, un misterio que divierte a los doctores y anima todo tipo de ocurrencias y causas.

Las causas de las ideas científicas son sublimadas por la falta de pruebas, no existen pruebas de la enfermedad, tan solo este eco sobre el cuerpo de mi madre envejecido, abatido, derrotado, su cerebro gelatina y su boca gelatina. Ella es la prueba de las fallas en las ideas clínicas que no se han encargado todavía del país y de su entumecimiento de alma: este día es tan gelatinoso como el cerebro de mi madre tras la convulsión.

Mi hermana dice: «Mamá cayó», y mi hermana y yo somos las únicas verdaderamente tristes en todo un país.

Desde hace dieciséis años ha tomado pastillas que no controlan sus crisis, sus contorsiones, su manera de morir por unos instantes. La sábana y el suelo ensangrentados, la cabeza partida en mil pedazos, agujereado el cerebro y los dientes, dientes que caen tras el impacto continuo de la cabeza sobre la taza del baño, sobre el lavamanos, sobre la loza fría, el refrigerador abierto, vacío, lleno de sobras, el cuerpo de mi madre, maniqué chorreando sangre dentro del

refrigerador, maniqué que finge posar para una publicidad extremadamente prosaica.

Un sábado extraordinario que pasa lento, con tantos hurones –todos machos– haciendo ruidos innecesarios y repitiendo consignas innecesarias. Quisiera hacer un retrato suyo en mis brazos, ahí donde su boca parece hablar a través del moretón vago, cursi, la huella de un roce tonto en el baño.

Quisiera hacerle un retrato y me salen llagas, tatarugas, insectos, balbuceos de trazos alrededor de sus pómulos y sus cejas, me salen estas ganas de escribirla, meterme en su cuerpo tras la convulsión. No existe otra forma más gloriosa de hacer un duelo que mirar a mi madre y saber que la muerte de Fidel no significa nada.

Pelos. Poros. Nariz alargada. Labios gruesos. Pómulos redondeados. Me pide un jugo. Me pide agua. Le mojo los labios. Se queja porque la inyecté muy mal. Espuma. Vamos a la playa. Vamos a bailar. Vamos a celebrar el sábado. Mi hermana dice: «Mamá cayó», mamá ríe y ríe. Ella, aunque nunca es feliz cerca de mí, ríe.

